

los sacerdotes de todas las religiones imitaban la de los príncipes de los cielos, sino que eran los glorificadores de los primeros, como los sacerdotes lo son de los dioses. una parte de su misión para con aquellos á quienes se servían, consistía en «publicar sus alabanzas en los países extranjeros.» En los obsequios á los reyes y á los príncipes cuyas prácticas en honor del vivo tanto se acercaban á las que se dirigían al muerto, el parentesco de la función heráldica y de la función sacerdotal también se hacía patente: en efecto, el heraldo depositaba en la tumba las insignias de la clase del potentado difunto, lo que constituía una especie de sacrificio, pero debía, además, escribir ó mandar escribir un panegírico del muerto, y así, inaugurar el culto del muerto, del que nacen todas las formas superiores del culto. Aun cuando el aparato heráldico no estaba en Inglaterra tan sabiamente combinado, parecíase, no obstante, al de Francia. Los reyes llevaban coronas y vestiduras reales, y se servían del plural *nos*. Análogamente había dos provincias heráldicas y un heraldo supremo en cada una: como si dijéramos dos diócesis. Un desarrollo posterior de la institución trajo la creación de un rey de armas de la Jarretiera, con reyes de armas provinciales sometidos á oficiales heráldicos inferiores; finalmente, en 1443 todos estos funcionarios se incorporaron al colegio de heraldos. Como en Francia, practicábanse en Inglaterra por los heraldos visitas de inspección para examinar los ritos y los honores existentes y conferir otros. Los ritos fúnebres estaban sometidos á la autoridad heráldica, que un noble no podía ser enterrado sin su autorización (1).

Para conocer el porqué se atrofiaron estos aparatos, á los cuales se unían funciones importantes en otro tiempo importantes, al paso que los aparatos heráldicos se desarrollaban. La propiciación al vivo hallóse desde sus principios esencialmente más localizada que la del muerto. Solo puede adorarse al vivo vivo en propiciación cara, ó, si se quiere, en su morada ó en la vecindad de su residencia. No hay duda de que en el Perú se pagaba tributo de adoración á las imágenes de los incas vivientes (2), y en Madagascar, cuando el rey Radama estaba ausente, cantábanse sus alabanzas en estos términos: «Dios ha partido para Occidente, Radama es un toro poderoso (3),» pero en general ni se reverenciaba ni cantaba alabanzas en honor del gran personaje vivo cuando el mismo ó sus servidores propios no estaban allí para autorizarlo.

(1) Rev. M. Noble, *History of the College of Arms*, London, 1868.

(2) José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, Sevilla, 1590, lib. V, cap. VI.

(3) Rev. W. Ellis, *History of Madagascar*, I, 306.



MUERTE DE LA REINA ISABEL DE INGLATERRA



Pero cuando el personaje muere, y se empieza desde entonces á venerar y temer su espíritu al que se cree capaz de aparecer en todas partes, los actos propiciatorios dejan de estar localizados en un reducido espacio; y como á consecuencia de la formación de sociedades más vastas, constituyense divinidades á las que se atribuye un poder y un imperio mayores, el temor y la veneración inspirados por ellas extiéndense al mismo tiempo sobre regiones más vastas. Por consiguiente, el número de propiciadores oficiales se multiplica y extiende, el culto en que sirven se establece en muchos puntos á la vez, y grandes cuerpos de funcionarios eclesiásticos se constituyen.

Pero no es esta la única razón que impide á la organización ceremonial el crecer á la par de las otras. El desarrollo de estas últimas es la verdadera causa de su decadencia. Durante los primeros tiempos de la integración social es verdad que cada jefe local tenía su corte en sus dominios y oficiales que regulaban las ceremonias de aquella, pero el curso de la consolidación social y el progreso de la dependencia de los poderes locales á un gobierno central, da por resultado el disminuir la dignidad de los jefes locales, y el ahuyentar los testigos que patentizan sus honores. En otro tiempo, en Inglaterra «los duques, marqueses y condes tenían derecho á un heraldo y á un preservante de armas; los vizcondes, barones y demás personajes sin título, incluso los caballeros mesnaderos, podían tener un preservante (1).» Pero á medida que creció el poder real «borróse poco á poco esta costumbre; en el reinado de Isabel ya no existía.»

Otra razón hay para hacer decaer el aparato de la autoridad ceremonial; y es la de que los otros usurpan poco á poco sus funciones. Los reglamentos políticos y eclesiásticos que en un principio se ocupaban de aquella parte del comportamiento del hombre que expresa la obediencia á los dueños divinos y humanos, desarróllanse cada vez hasta constituir prohibiciones impuestas por la equidad á la conducta de unos individuos respecto de otros, y preceptos morales para la dirección de esta manera de conducirse; y de ahí que usurpen cada vez más el dominio de la organización ceremonial. En Francia, los heraldos no solo tenían las funciones semi-sacerdotales que hemos indicado, sino que eran también «jueces de los crímenes cometidos por la nobleza (2),» tenían la facultad de degradar á un noble desleal, de decretar la confiscación de sus bienes, de arrasar sus castillos, de condenar sus tierras á permanecer baldías, y de exonerarle de la caballería. También en Inglaterra estos funcionarios de ceremonias

(1) Rev. M. Noble. *History of the College of Arms.*

(2) Vulton. *Collection... relatifs à l'histoire de France.* Paris, 1838.  
Tomo III



desempeñaban ciertos cargos civiles. Hasta 1688 los reyes de armas provinciales «inspeccionaban sus provincias y recibían para ello comisiones del soberano; en sus visitas registraban debidamente en los archivos del colegio de heraldos, los certificados de defunción, las genealogías, los matrimonios de la nobleza y de la *gentry*.» Estos documentos eran fehacientes ante los tribunales de justicia. Es evidente que por cuanto los agentes eclesiásticos y políticos se apoderaron de estas diversas funciones, á ellos se debió el que estos dos géneros de autoridad concurrieron á reducir el aparato ceremonial á los restos que todavía hoy pueden verse, es decir, á un colegio de heraldos casi olvidado y á los funcionarios de la corte que presiden las relaciones con el soberano.

Antes de pasar á una exposicion detallada de las diversas partes del gobierno ceremonial conviene reasumir el exámen sumario que de este punto acabamos de hacer.

El género de gobierno de la clase que llamamos ceremonial, precede á los gobiernos civil y eclesiástico. Tiene sus comienzos entre los tipos vivientes inferiores al hombre; se le comprueba entre los salvajes que no tienen ninguna otra clase de gobierno; toma con frecuencia un gran desarrollo en los países en que los demás géneros de gobierno están poco avanzados; siempre se reproduce espontáneamente en los individuos en toda sociedad; finalmente, comprende las formas de autoridad más definidas que ejercen la Iglesia y el Estado. Lo que igualmente demuestra que el gobierno ceremonial es primitivo, es ante todo, que los gobiernos religioso y político casi no hacen más que conservar las ceremonias en uso instituidas en honor de ciertas personas vivas ó muertas; los códigos de leyes impuestas por la autoridad civil y los de moral promulgados por la autoridad religiosa aparecen más tarde. Todavía hallamos otra prueba de ello en que las tres autoridades social, política y religiosa, poseen ciertos elementos en comun; porque las formas que es necesario observar en las relaciones sociales se hallan también en las políticas y religiosas, en las formalidades del homenaje y en las del culto. Y lo que es más significativo aun, en la mayor parte de las ocasiones, pueden referirse las ceremonias á actos manifiestamente anteriores á toda legislacion civil ó eclesiástica. En lugar de tener por causa una prescripcion impuesta ó consentida, lo que implicaría que la organizacion necesaria para hacer é imponer las reglas preexistia; derivan, por via de modificacion, de actos que el hombre realiza para fines relativos á su persona; lo que prueba que nacen de la conducta del individuo antes que exista ninguna clasificacion social capaz de regirla. Finalmente, observamos que cuando un

jefe político se eleva, el cual para exigir la dependencia es él mismo su propio maestro de ceremonias, y reúne bien pronto en torno suyo servidores que practican actos propiciatorios á los cuales dá su repeticion, precision y fijeza, desde este momento existen oficiales de ceremonias. Si al mismo tiempo que crecen las organizaciones que imponen las leyes civiles y promulgan los preceptos morales, decae la organizacion ceremonial hasta el extremo de que no se la llega á distinguir, no es con todo ménos cierto, que en sus primeros tiempos el cuerpo de funcionarios que dirigen la propiciacion de los jefes vivos, de los supremos y de los subordinados, homólogo al de funcionarios que dirigen la de los jefes divinizados despues de su muerte, tanto principales como secundarios, constituye un elemento considerable de la estructura social. En fin, la organizacion ceremonial no se extingue sino cuando los aparatos, político y eclesiástico, que ejercen una autoridad más definida y sobre mayor número de detalles, usurpan sus funciones.

Bajo estas ideas generales, examinemos ahora los diversos elementos del gobierno ceremonial. Los estudiaremos bajo los nombres de trofeos, mutilaciones, presentes, saluciones, cumplimientos, títulos, insignias, maneras, pasado y porvenir de las ceremonias.

#### TROFEOS

El triunfo, de cualquier clase que sea, es una causa de satisfaccion; se aprecian mucho las señales que marcadamente lo atestiguan, porque proporcionan aplausos. El *sportsman* que relata sus triunfos cuando la ocasion se presenta, conserva cuanto puede los despojos de los animales muertos en la caza. ¿Es pescador? hace muescas de tiempo en tiempo en el mango de su caña para mostrar el número y longitud de los salmones pescados, ó conserva en un bocal la trucha colosal que acaba de sacar del Támesis. ¿Ha perseguido al ciervo? vereis en su *hall* ó en su comedor la cabeza del animal, y la estima en mucho cuando las astas á ella unidas están provistas de muchos «cuernos.» Si ha obtenido triunfos en la caza del tigre, apreciará mucho más las pieles de estos animales que atestiguan su valor.

Trofeos de esta clase, aun entre nosotros, dan al que los posee influencia sobre los que le rodean. Un viajero que ha traído del Africa un par de colmillos